

ESTUDIOS RELIGIOSOS.



El privilegio de San Roman,

SEGUNDA SERIE.—1836

AÑO XIV. 31.

EL PRIVILEGIO DE SAN ROMAN.

LEYENDA.

En una época en que las revoluciones no habían borrado las creencias y los usos populares, la ciudad de Rouen era todos los años el día de la Ascension el teatro de una ceremonia magestuosa é interesante á la vez.

En presencia de una multitud innumerable, que acudia de todas partes, el cabildo de la catedral se trasladaba á la *Torre vieja*, antiguo palacio de los duques de Normandia, y elegía entre los prisioneros un criminal destinado al cadalso, al que daba con su plena potestad la vida y la libertad. Todas las campanas de la catedral se echaban á vuelo: el pueblo gritaba ¡Noel! y el reo perdonado levantaba tres veces la caja mortuoria de San Roman. Poníasele en la cabeza una corona de flores blancas, símbolo de la pureza, y era admitido á llevar sobre sus espaldas la célebre caja hasta la catedral, acompañado de todo el pueblo y hombres de todas las parroquias de la ciudad, llevando sus cruces y estandartes.

Esta solemne libertad que se daba el día de la Ascension á un reo que no debía ser culpable de lesa magestad, de herejía ni de violación, ni monedero falso, ni asesino alevoso; esta libertad, repetimos, se verificó en Rouen durante muchos siglos. Varió el ceremonial: en los últimos tiempos tomaba el parlamento una parte muy considerable en las formalidades de la libertad del reo; la concedía ó rehusaba á los que iban designando los canónigos. En 1790 se verificó el último acto de poner en libertad á un reo.

En 1791, en virtud de reclamación de los jueces del distrito de Rouen, el ministro de lo Interior, Dupart, declaró que el uso de esta prerogativa no debía tener ya lugar en vista de las nuevas leyes.

¿De dónde procedía el derecho que el cabildo de la catedral de Rouen había usado hasta esta circunstancia? ¿Cuál era el origen de este singularísimo privilegio, que aunque muy envidiado y frecuentemente disputado y combatido, había atravesado los tiempos hasta las tempestades revolucionarias de 1793? ¿Por qué, en fin, la intervención en esta libertad de la caja mortuoria de San Roman? Las tradiciones populares, antiguos tapices, las esculturas y vidrieras de las iglesias, y diversas actas, remontándose á los primeros años del siglo XV, y un proceso del tiempo de Luis XII, dan solución á todas estas cuestiones.

San Roman, arzobispo de Rouen, al principio del siglo VIII, era un prelado de noble nacimiento y una virtud y piedad extraordinaria. En el tiempo que gobernaba la diócesis de Rouen, apareció una bestia horrible y monstruosa en forma de una gran serpiente ó dragon que se arrojaba sobre los hombres y los animales de la ciudad y de los alrededores y los devoraba. Quiso San Roman desembarazar al país de aquel azote; pero para ir á la caverna del monstruo necesitaba un compañero, y en vano lo buscó: temblaban todos, nadie quería correr los riesgos de aquella aventura. El arzobispo, desesperando encontrar quien le acompañara, fué á la cárcel: se hizo entregar un criminal que estaba allí preso, y lo llevó consigo hasta la cueva del dragon, y habiendo echado su sagrada estola sobre la ca-

beza de la bestia, la cogió y la entregó en las manos del preso. Este la llevó sin resistencia á la ciudad, donde, según unos, fué quemada viva, y según otros, precipitada desde lo alto de un puente al Sena. San Roman, para recompensar la parte que el preso había tomado en el milagro le hizo dar la libertad. Mas tarde San Ouen, sucesor de San Roman, en recuerdo de este bienaventurado suceso, concedió al cabildo de la catedral la facultad de libertar todos los años un preso el día de la Ascension.

Tal es la esplicación popular del privilegio de la caja de San Roman. La *Garguilla* de Rouen es el nombre que se ha dado á aquel famoso dragon, y figura así, como lo hemos visto, en una porción de representaciones esculpidas ó pintadas, en escritos y leyendas, y aun en reales decretos. Sin embargo, la crítica ha venido á negar la existencia real del dragon, la intervención de San Roman, la relación de la caja y los demás sucesos contados en la tradición. Desde luego se ha sostenido que San Roman, según la relación de sus biógrafos, habiendo detenido el Sena que había salido de madre, era la inundación el dragon verdadero, corroborándola la voz *Garguilla* que quiere decir avenida. Otros han ido mas lejos; no encuentran, dicen, mención del milagro ni prueba alguna del privilegio de la caja en las vidas de San Roman, y una sube hasta el siglo VIII, ni en los historiadores de los siglos IX y XII. La libertad del preso por el cabildo es mencionada por primera vez en un decreto del siglo X, dado por Felipe Augusto, y la historia de la serpiente cogida y muerta por el arzobispo de Rouen, figura por primera en sus actas de 1394.

La existencia del privilegio de la caja fué primitivamente concedido sin duda cada año por los duques de Normandia, y no parecía tener mas fecha que la segunda mitad del siglo XII. En cuanto al milagro, el silencio absoluto de los breviarios y misales de la catedral de Rouen, y las relaciones relativamente modernas que han llegado á nosotros, hacen creer que debe atribuirse á la imaginación del pueblo. Debe notarse además que la libertad de los presos se verificaba el día de la Ascension, aniversario del en que Jesucristo libertó á los hombres del pecado, y que semejantes hechos se encuentran en otras muchas localidades con un acompañamiento de circunstancias análogas.

Las serpientes, los dragones, las bestias monstruosas y venenosas han sido siempre, en todos tiempos y en todos los pueblos los símbolos del mal luchando contra el bien, las tinieblas contra la luz, del vicio, de la barbarie, del error y del demonio.

Las relaciones que refieren la serpiente Pitou vencida por Apolo, el dragon muerto por Jasón, el monstruo destruido por Hércules, Perseo y otros muchos, denotan que la antigüedad los ha reconocido como seres maléficos, en que Dupuy y Boulanger han creído encontrar el origen de la historia de las constelaciones. En el cristianismo, el símbolo de la muger, hollando la cabeza de la serpiente, las relaciones del Apocalipsis, la institución de las leyendas de San Jorge y Santa Marta, y otros muchos bienaventurados, venciendo monstruos destructores; el uso de pasear en ciertos días de fiesta en muchas ciudades los despojos de serpientes y cocodrilos, atestiguan que en la antigüedad se suponen muchos hechos de la misma naturaleza y obliga á creer que debe ser colocada en las leyendas la *Garguilla de Rouen*. De aquí viene la costumbre

de la *Tarasca* en la mayor parte de las procesiones antiguas de la edad media.

Ha habido tambien ejemplar de prisionero que ha conseguido la destruccion de dragones y ha obtenido la libertad. Asi se veia suspendido de la bóveda del hospital de Reims, el cuerpo de un cocodrilo en otro tiempo. Establecido bajo los arcos de un puente sobre el Ródano salia de su madriguera para arrebatar mugeres y niños. Un reo solicitó destruirle: construyó una máquina en forma de tonel agujereado en muchos puntos, y se encerró allí

bien armado. Fué muerto el dragon y el vencedor obtuvo el perdon de su crimen. En Noyon se veia un pilar levantado en memoria de un reo que obtuvo tambien su perdon despues de haber combatido con un dragon.

La ciudad de Poitiers conservaba en una bandera el recuerdo de la *Gran garganta* que se sacaba en las procesiones y rogativas. El monstruo que representaba é iba pintado en la bandera fué muerto por un reo condenado á muerte, que obtuvo su libertad á causa del servicio que habia prestado á la ciudad.

RECUERDOS HISTORICOS.

BANDERA ENCARNADA.

(1652.)

Otros tiempos; pero las mismas costumbres.

(Conclusion.)

VII.

EL ASALTO DE LA CASA DE AYUNTAMIENTO.



sáronse así muchas semanas.

Por orden del terrible Desmarais los castillos de Trompeta y de Ha, fueron demolidos, y á los bordeleses se les impuso sin compasion ninguna una contribucion para armar y pagar á sus opresores.

A cada nuevo decreto rehusaba firmar el negociante, para asegurarse de que vivia todavía su hija.

A fin de dar ejemplo á sus cofrades se le hizo dar orden á sus agentes para vaciar sus cajas en las de *La Olmeda*.

Esto fué ¡ay! lo que menos le costó, pero lo que puso el colmo á la execracion de la ciudad.

El mismo era el testigo todos los dias, y este era su mayor suplicio. Cuando se le paseaba bajo la bandera roja con su inseparable guardia por medio de las calles silenciosas llenas de horror, encontraba asustados y llenos de espanto sus amigos de otra época.

En vano trataba de hacer comprender que él era siempre el *buen Desmarais*: oia las acusaciones mas odiosas sobre su encanecida cabeza, su amable rostro, y su paternal mirada: hasta sus lágrimas eran llamadas lágrimas de cocodrilo.

La fama del feroz presidente atravesó la Guyana, la Francia, y la Europa. Se deliberó en el Louvre sobre los medios de domar aquel nuevo tigre, mas temible que todas las frondas reunidas.

Elevóse hasta tal punto el terror, que Villars creyendo una reaccion no se atrevió á enseñar mas al *buen hombre*, así lo designaba, y trató de acercarse á Dura-Testa.

Este le habia dejado hábilmente obrar, asegurándose sin embargo de los príncipes, y consultando á Lenet y á Condé. Condé respondió á Lenet: «que era preciso á toda costa permanecer con los mas fuertes, de miedo que su muger y su hijo no fuesen arrojados de Burdeos, y dejar que *La Olmeda* se gastase por sí misma, escitando á los hombres mas revoltosos de sus filas para dividirla y disolverla.

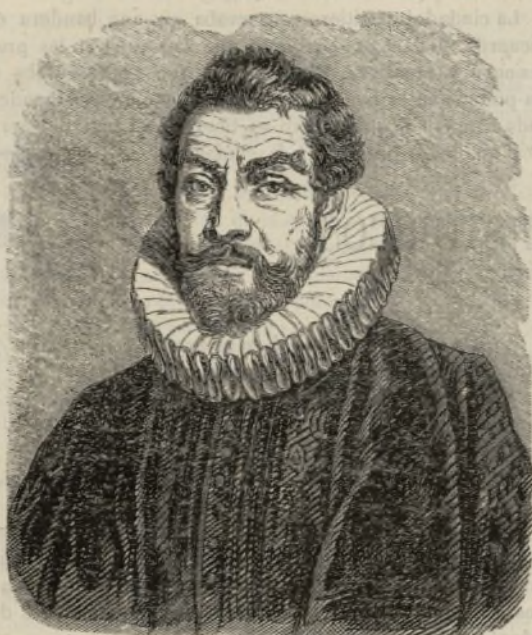
Adoptó la princesa este partido, y fué la causa de la reconciliacion de Villars y Dura-Testa; pero Conti y madama de Longueville aterrados no trataban mas que de defenderse del horrible Desmarais. El solo pensamiento de habitar de nuevo la casa de ayuntamiento al lado de semejante azote los ponía en alarmas y sustos continuos. Veíanle en sueños con el hierro en la mano, arrojando llamas por los ojos, cual un genio exterminador.

Organizaron pues, con la gente principal y los restos del parlamento un complot libertador, y estalló una mañana al recibirse una nueva orden de proscripcion lanzada por Desmarais.

Casi toda la juventud de Burdeos tomó las armas y vi-



no á atacar *La Olmeda* en la casa de ayuntamiento.... Durante el tumulto, Conti y su hermano debían entregar una puerta á los sitiadores.



Desmarais, presidente de los notables de Burdeos.

Pero Dura-Testa, cuyo negocio no era este, tuvo conocimiento de la maquinacion, á la que se opuso con Villars, el azote bordelés.

Este era el gran medio de reunir con un solo golpe todos los soldados de la bandera roja, para los cuales Mr. Desmarais era la personificación de la audacia invencible.

Una esplosion de decretos firmados por el presidente salieron de la casa de ayuntamiento como de un volcan en erupcion. Orden á todo buen ciudadano de acudir á la defensa de *La Olmeda*: pena de muerte al que se niegue á este patriótico deber: arresto en masa de los tibios y de los sospechosos, y desde luego contra los Conti, Mad. de Longueville, etc. etc.

Dura-Testa se encargó él mismo de esta última orden; y las lágrimas de la duquesa le vengaron ámpliamente de su antigua carejada cuando enseñó el terrible papel fulminante con la firma de Desmarais.

Dejó á la soberbia heroína medio muerta presa en su cuarto, bajo la custodia de sus hombres mas seguros.

Continuando el asalto de la casa de ayuntamiento á pesar de las proclamas del presidente y del ardor de sus soldados, se arrojó por las ventanas de Desmarais el siguiente anuncio como una bomba:

Esta vez el indomable presidente hablaba él mismo.

«Si me veo forzado en mi último atrincheramiento, decia, prevengo á mis vencedores que al entrar en el palacio municipal saltarán con él y conmigo, que prenderé fuego á la pólvora de los sótanos.—Firmado.—Desmarais.»

Juzguen nuestros lectores que maniobras no habrían sido necesarias para arrancar estas líneas á un hombre

honrado, y cuantas veces habrían tenido que apuntar los fusiles sobre el pecho de su querida Angélica.

La batalla se aplacó un poco; pero bien pronto volvió á comenzar con nueva rabia: los amigos como los enemigos del presidente habían jurado ser verdaderos héroes.

Y sin embargo, él seguía encerrado en la sala con su guardia de honor y su hija, únicos confidentes de esta indecible comedia, y los solos testigos de sus angustias, que no es fácil espresar.

A cada grito de muerte temblaba de miedo, y se estremecía el feroz tirano: á cada tiro, creyendo tener que encender la pólvora, volvía á caer en su sillón. No tenía fuerza ni ánimo mas que para abrazar á su hija y decirla: ¿cómo salvarla conmigo?

Lo que llenaba de horror su situacion es que sabia que sus amigos eran capaces de hacer cumplir su amenaza, y no podia mirar sin desmayarse la llave de los almacenes de pólvora colocada sobre su mesa..... De pronto corrió el rumor de que habia sido forzada una puerta, esta llamada resonó de un extremo á otro en la casa del ayuntamiento: todos á la verja de Levante.

A estas palabras los carceleros de Mr. Desmarais miráronse indecisos.

—¿Es preciso ir á los sótanos ó á la verja? preguntaban en voz alta, mientras que se erizaban los cabellos del buen hombre.

—¡A la verja por de pronto! Y á los sótanos despues, dijo al fin el gefe.

Y despues de haber encerrado al padre y á la hija su lanzó con todos sus hombres al punto amenazado.

—Era esta la primera vez que desde su entrada en *La Olmeda* se hallaba solo el negociante con Angélica. Fué tal su consuelo y su alegría que olvidó todo lo demás estrechando á su hija sobre su corazón.

—¡Ah! ¡Gracias, Dios mío! al menos moriré como hubiera debido vivir siempre.

Pero mas enérgica que él, resuelta á salvarle, y á vivir por Duval, buscaba Angélica una salida, y la encontró en una puerta secreta.

Por una inspiracion se llevó la llave de los sótanos. Los dos se lanzan y corren.... En todas partes los detiene el ruido de las armas.... Al pie de las escaleras, en el fondo de todos los corredores oían á sus amigos, mas terribles que sus enemigos. Van y vienen; suben y bajan; ya al fin descubren una salida sobre un balcon..... A todo evento se arriesgan por allí, y hételos á la vista de los sitiadores de la casa de ayuntamiento.

Reconocen estos á Desmarais, y su solo aspecto les hace retroceder, cual si fuese la cabeza de Medusa.

—¿Qué busca? ¿Qué va á hacer? Se preguntan con ansiedad.

Recuerdan despues la amenaza del tigre sitiado.

—Va á prender fuego á la pólvora..... Va á hacer saltar la casa.

¿Qué sucede entonces al buen hombre, víctima del papel que desempeña hasta el fin?

Asegura la victoria de sus verdaderos enemigos, los olmedistas, y sufre una descarga de los ciudadanos que habian sido sus víctimas.

Dispersados estos en efecto por el terror, y esperando ver hundirse el palacio, huyen á todo correr descargando

sus arcabuces sobre el incendiario de la casa del ayuntamiento.

Por milagro las balas no alcanzan sino á los vestidos y al sombrero del negociante, y apenas le hacen un ligero rasguño en la oreja, de donde le salta la sangre; y los tiros alcanzan al brazo izquierdo de su hija, á quien los tiradores no habian reconocido.

Al mismo tiempo de otra descarga salta hecha pedazos una ventana; y Angélica lanzándose por allí con su padre, se halla en el cuarto de Mad. de Longueville.

VIII.

CAE LA MÁSCARA, QUEDA EL HOMBRE Y DESAPARECE EL MÓNSTRUO.

Como la guardia del presidente huyó á la misma alarma, le habia dejado encerrada con Conti.

Hallábanse allí hacia algunos minutos el hermano y la hermana, esperando la muerte por la espada ó por el hundimiento de la casa.

La lluvia de balas que caia en torno suyo, estaba muy distante de calmar sus terrores; empero lo que los hizo subir á su apogeo fué la entrada del feroz Desmarais.

Al solo aspecto del monstruo perdieron el oido, la vista y la palabra.

No reparando en su propio terror ni su descompuesto rostro, ni su continente tragi-cómico, no hallaron en él sino á su verdugo, que venia á devorar su presa. Cuando se dejó caer anonadado en un sillón con la megilla cubierta de las manchas de sangre que saltaban de su oreja, la duquesa creyó verle inundado de sangre, y tanto mas sediento de la suya que de la de los demas.

En vano el buen hombre gritaba: *Salvaos, salvémonos*; sus víctimas entendian: vais á morir, moriremos juntos.

En cuanto á Angélica, no pensaba mas que en buscar una salida para todos.

Y era la hija de Bruto huyendo la ejecucion paternal.

En fin, Desmarais fué el primero que volvió en sí, si es que esto puede llamarse volver. Abrió sus ojos y vió á sus pies á la duquesa, gritándole: ¡perdon!

—¡Perdon! ¡Ah, si: los malvados no perdonan! dijo continuando el *quid pro quo*.

Y como corria por el cuarto, creyeron los principes que buscaba un arma para herirlos. Conti cogió su espada y sus pistolas y las tiró por la ventana... El buen hombre tuvo tal miedo de aquella accion, que levantó las manos al cielo y dió un grito... Rabia de tigre á quien le cortan las uñas, pensó entre sí con furor Conti.

—¡Desmarais! suplicaba la duquesa. ¿De qué serviria nuestra muerte á vuestra ambicion?

—Yo no soy ambicioso.

—Yo os haré consejero del parlamento.

—Yo no quiero ser consejero.

—¡Presidente! ¡Primer presidente!

—Yo no quiero ser presidente.

—Intendente general. Superintendente de hacienda.

—Al diablo la hacienda. ¿Os burlais de mí, señora? ¿No conoceis á Desmarais?... Sabed que yo soy el hombre mas incorruptible... ¡Pardiez! Dadme una llave, una cuerda, una escala...

Y al mismo tiempo corria fuera de sí.

La duquesa comprendió que queria ahorcarla, y volvió á caer de rodillas llena de lágrimas...

Después, viendo que no la escuchaba y que arrancaba y anudaba los cordones de las cortinas:

—Miserable! exclamó poniéndose en pie con energía: no ahorcareis á una princesa de la sangre.

Sacó un puñal oculto en su cintura.

El negociante dió un salto hacia atrás; pero volviendo en sí, se echó sobre el arma.

Mad. de Longueville encomendó su alma á Dios, y presentó noblemente su pecho.

Desmarais soltó una carcajada, y fué á clavar en una puerta la punta del puñal... Quebróse el acero en la cerradura, y dijo con cólera:

—¡Puñal de corte! necesitaria un hacha.

La duquesa se resignó al último suplicio.

Entonces vió el padre en las manos de su hija un manojo de llaves.

—¿Qué es eso?

—La llave de los sótanos donde está la pólvora.

—¡Ah! Esta es nuestra salvacion si podemos salir de aqui; pero es preciso salir de aqui. ¡Vive Dios! Ya es tiempo de concluir con esto.

Los principes salian de Caribdis para entrar en Scila. De la muerte por la cuerda ó el hacha pasaban á la muerte por explosion.

—Pero hombre sin entrañas, dijo Conti al presidente: ¿qué vais á ganar con hacer saltar la casa del ayuntamiento? ¿No veis que el terror de ese desenlace ha dispersado vuestros enemigos, y que en lugar de quedar dueño del sitio con vuestros amigos, vais á sepultaros con ellos en las ruinas?

—Yo no tengo amigos, exclamó con punzante ironía Desmarais: yo soy un azote, un tirano, un monstruo. Esto es sabido. ¡Dios mio! ¿Cómo encontrar el camino de los sótanos?

Y golpeaba con desesperacion las puertas y lanzaba contra ellas los muebles para hacerlas pedazos.

—Está loco, furioso, nada tiene de humano, dijo la duquesa; seria preciso aullar y mugir para hacerse entender de él. Pero vos, señorita, añadió dirigiéndose á Angélica, nos comprendereis sin duda, vos que como nosotros sois la víctima de este tigre.

—¡Mi padre un tigre! ¡Yo su víctima! Dijo la jóven, que no habia ni aun escuchado aquella estraña escena. ¡Cómo! replicó con dolor, ¿no ha bastado su vista para desengañaros, para demostraros que él solo es el único que es víctima de todos en el mundo?.... ¡Pero miradle pues, señora!

Los principes observaron al fin á Mr. Desmarais, y no vieron ya mas que un buen hombre afligido, anegado en lágrimas, y que les alargaba sus paternales brazos.

Angélica terminó aquel golpe de teatro contando sencillamente toda la verdad.

—Si, concluyó el buen negociante arrojándose á los pies del principe y de la duquesa; ved el martirio que sufro hace dos meses... ¡Ved el tigre, el monstruo, el azote, el incendiario, el terror de Burdeos! ¡Monseñor, señora, perdonadme! ¡Tened compasion de mí! ¡Salvad á mi hija arrancándola de aqui! Yo os salvaré á todos con esta llave por los sótanos del Hotel.

Juzguen nuestros lectores de la reaccion que se verificaria en los principes ante un semejante espectáculo, y ante semejantes palabras. La inmensidad de su sorpresa era igual á la inmensidad de su alegría.

Levantó Conti al buen hombre, estrechando sus dos manos, y la duquesa abrazó á Angélica como al ángel de la Providencia.

IX.

LA PIEL DE TIGRE.

En tanto que unidos en un solo corazon buscaban en vano una salida, un rumor de armas y de pasos anunció la vuelta de los carceleros.

Perdidos eran sin la presencia de ánimo de la duquesa.

—Señor Desmarais, dijo ella vivamente, estando en el secreto vuestras guardias solas, las nuestras han debido participar del error comun: mandad, pues, como amo y sereis obedecido.

Juzgó el negociante la idea tanto mejor, cuanto que no podia encontrar otra en su cerebro, y desde luego fué confirmada por los mismos guardias de los principes.

—¡El presidente! dijeron retrocediendo á su vista como esclavos ante un señor.

—Si, el presidente, respondió Desmarais entrando por la primera vez en su papel, y representando perfectamente el tirano de Burdeos. Cuando los soldados abandonan su puesto, es preciso que los reemplace su gefe.

Quisieron justificarse los guardias, y les impuso silencio.

—Despues me dareis cuenta de esta desercion, añadía con firmeza á medida que aquellos temblaban. Por ahora vais á indicarme el camino de los sótanos, á mí, que quiero cumplir mi deber hasta lo último.

—¿Y vais á hacer saltar la casa del ayuntamiento? preguntaron asustados los soldados.

—Eso no os importa, cobardes. Estad tranquilos: no os daré el encargo de que prendais fuego á la pólvora, veo que seriais incapaces de ello, y os dejaré que huyais, cobardes; encargaré de ello á Mr. de Conti y á Mad. de Longueville: ese será el castigo de su traicion.

—¡Qué malvado! pensaron entre sí, mas muertos que vivos. Y trataron de decir tartamudeando que los ciudadanos habian huido: que La Olmeda iba á quedar victoriosa; pero Desmarais les gritó de nuevo:

—¡Silencio! Victoriosa ó no, yo no quiero que la sobreviva este palacio de la tiranía. ¡Adelante! ¡Una linterna y el camino de los sótanos! El camino secreto, ¿lo oís? ¡Porque no quiero encontrar débiles de vuestra especie! ¡Vamos! Vuestra salvacion es solo á este precio.

Precediéronle los soldados marchando por los corredores, y por veinte puertas y pasadizos secretos, lleváronle hasta la entrada de las subterráneos, de que él tenia la llave.

—¿A dónde van á parar estas galerías? les preguntó.

—A un prado desierto..... Esta llave tambien abre la puerta.

—Esta bien, añadió el presidente, cogiendo la linterna y la mecha de uno de sus fusiles. Ahora ¡idos con el diablo, si quereis!

Y cerrando con cuidado tras de sí la puerta, se metió en el subterráneo con su hija y los principes, mientras que la alarma dada por los soldados acababa de asegurar su fuga, despoblando el cuartel como por encanto.

Circulando la horrible noticia como un rayo por Burdeos, cesó todo combate; todo permaneció inmóvil, silencioso y mudo, aguardando la explosion de la casa del ayuntamiento.

La explosion no se verificó, como pensarán nuestros lectores. No hubo mas sino una derrota, y un huir, y separarse todo el mundo de un modo espantoso á un cuarto de legua alrededor del volcan.

Durante veinte y cuatro horas, los mas intrépidos no se atrevian á aproximarse...

Villars y Dura-Testa misma se preguntaban si la oveja no habia tomado la naturaleza de tigre, de que ellos le habian dado la piel; y no pudieron decidir á sus soldados á que volviesen á entrar en el ayuntamiento.

Solo el amor tuvo este valor en la persona de Enrique Du-Val. Vuelto á Burdeos á favor del pánico, y sabiendo que Angélica no habia salido de la casa del ayuntamiento, no vaciló en arriesgar su vida para encontrarla allí; y la juventud distinguida de Burdeos y el parlamento, arrastrados por su heroico ejemplo, voló á tomar posesion del palacio municipal.

Durante este tiempo, el salvador de Burdeos sin saberlo, como habia sido su azote sin quererlo, Mr. Desmarais, se hallaba en seguridad con su hija y los principes, en casa de uno de sus arrendadores de las márgenes de la Gironda.

Enrique Du-Val no vió rastro alguno de incendio en los sótanos del ayuntamiento; pero en la puerta exterior encontró un aldeano que le contó todo lo que habia pasado, y una hora despues, perdonaba su destierro á su suegro abrazando á su futura doblemente Angélica.

No se separó de esta, sin embargo, sin una grande inquietud. Las angustias y los tormentos que habia sufrido, sus esfuerzos sobrehumanos, y su herida en la jornada del asalto, la alegría misma de su libertad despues de los horrores de su cautiverio, le habian ocasionado una fiebre ardiente que amenazaba su razon y sus últimas fuerzas.

X.

LA FLOR DE LIS.

La Olmeda no hubiese sobrevivido á la pérdida de la casa del ayuntamiento y á la desaparicion del terrible Desmarais, si los ciudadanos de Burdeos y el parlamento hubiesen demostrado tanta resolucion como Du-Val y sus amigos.

Pero en tanto que se deliberaba en el palacio de Justicia, Dura-Testa y Villars, la princesa de Condé, Mad. de Longueville misma y Conti, renovaron su liga contra el enemigo comun. De república á república, y bajo la influencia del nombre de Condé, La Olmeda trató con Inglaterra y obtuvo de Cromwell la entrada franca de los vinos de Burdeos en Lóndres, con exclusion de los demas vinos de Francia. No se necesitó mas al salir de las vendimias para someter á Dura-Testa todo el comercio bordelés. La dominacion del tirano parecia ademas be-



nigna despues de las violencias del feroz presidente, y sacó de este contraste el partido mas hábil y feliz.

Quedó, pues, de hecho el señor de la ciudad bajo la cubierta de los príncipes, que no teniendo mas que una autoridad nominal, ratificaron todos los actos de *La Olmeda*, y no fueron mas que sus intermediarios con las potencias extranjeras.

Duró este estado de cosas muchos meses, y Devoile iba á sustituirse de nombre y de hecho al príncipe de Condé, si la Providencia no hubiese opuesto un Turena á este, y un Felipe de Amalbi á Dura-Testa.

El cardenal Mazarino se habia reunido con Turena en su campamento delante de Var á la cabeza de cuatro mil hombres bien equipados. Habia confiado el mando al conde de Amalbi, que la reina, puesta en seguridad en el Palacio Real, le habia destinado para aquella campaña.

Una tarde que Felipe asistia al consejo de Turena y del ministro, este, cuya policia jamás se dormia, recibió de su agente de Burdeos una carta en que le decia «que el gefe de *La Olmeda* despues de la salida de Desmarais, el verdadero rey de la ciudad bajo el nombre de los Condés, era un cierto Guillermo Dura-Testa, hombre de una audacia, de una elocuencia y de una habilidad formidables.

«Felizmente aquel coloso tenia un pie de barro, y acabamos de descubrirlo poniendo en el tormento á uno de sus cómplices. Este pretendido Dura-Testa no es otro que Guillermo Devoile, el bota-fuegos de la Fronda parisiense, dos veces condenado á la horca bajo este nombre, y despues bajo el de Altomar, á quien el conde de Amalbi ha perdonado la vida entregándole al verdugo, que le marcó con un hierro ardiendo en la Plaza Real. Si semejante marca fuese aqui sabida solemnemente, todos los ciudadanos renegarian con horror de semejante gefe; y desde la altura en que hoy se ostenta con los príncipes, Dura-Testa caeria en medio de la calle, donde seria fácil destruirle con su plan.»

Apenas habia terminado la lectura de esta carta el cardenal, cuando el conde Amalbi levantóse estupefacto, indignado, con todos sus antiguos resentimientos contra Devoile, reclamaba del ministro y de Turena la mision de ir á rematar la serpiente que creia sepultada en la tierra.

—Pues que vuelve á levantar la cabeza, dijo, á mí me toca abatirla definitivamente. Yo me encargo de mostrar á los príncipes con toda la solemnidad requerida el título de nobleza de su aliado. Lleva, en efecto, como ellos la flor de lis; pero cuando vean lo que vale, comprenderán que es bastante para deshorrar el escudo de la Francia.

Algunos dias despues llegaba Felipe al departamento de Burdeos en el mas riguroso incógnito. Era en un momento de armisticio entre los partidos. Los príncipes, los gefes y la milicia como la pequeña fronda de Burdeos y la mayor parte de las notabilidades de la plaza se habian dado cita para el domingo inmediato en la casa del ayuntamiento con Dura-Testa, que debia darles conocimiento de una importante comunicacion de Luis Condé.

Por medio de aquella comunicacion, de la que guardaba el secreto, gracias á las precauciones combinatorias que habia tomado, el gefe de *La Olmeda* estaba seguro de establecer por fin su república, su bandera y su autoridad sobre todos los partidos reunidos.

Entretanto el conde de Amalbi dió ánimo á las gentes

honradas consternadas, y puesto de acuerdo con Du-Val y sus amigos, creó una fuerte milicia de toda la juventud bordalesa.

Llegado el domingo, todos estuvieron exactos á la cita. El gran salon del ayuntamiento se hallaba lleno de gentes. Los príncipes se hallaban sentados bajo un trono; Dura-Testa estaba enfrente de ellos en un asiento distinguido con sus tenientes; y Teresa Broussel, segura en fin del himeneo, cuyos gastos debia pagar la duquesa de Longueville, se hallaba tambien allí: en el medio se hallaban colocadas las gentes del pueblo, esclavos reunidos allí para elegir entre dos tiranos.

Pero en sus filas, mas sin que lo supiesen, habia tomado lugar un vengador desconocido. Era el conde Felipe de Amalbi que iba á luchar á muerte con su rival.

Dura-Testa se levantó altivo y sombrío y leyó las comunicaciones de Condé.

La escuadra de Vendome y Duquesne, acababan de ser batidas por Blacke, y el rio y el mar se hallaban abiertos á los navios de Burdeos; Harcourt, vuelto contra Mazarino, era dueño de toda la Provincia Rhiniana, Cromwell, nombrado protector en Lóndres, ofrecia la alianza de la Inglaterra á *La Olmeda* y el envio de un cuerpo de tropas á las aguas de la Gironda, mediante la cesion de un puerto sobre aquel rio y la formacion de un ejército protestante en la Guyena.

Dura-Testa probó fácilmente que aquella contribucion seria insoportable á Burdeos, sin la condicion de establecer unidad en su gobierno; y sus compadres, terminando su pensamiento, pidieron la marcha de una diputacion á Lóndres, y el nombramiento de un solo gefe de la ciudad y de la provincia, bajo el nombre de protector de la república de *La Olmeda*.

Al mismo tiempo hubo una terrible manifestacion á las puertas de la casa del ayuntamiento. Los malvados gritaban con toda su fuerza: ¡Viva el protector Dura-Testa! ¡Mueran sus enemigos y los traidores! Lo que probaba á los príncipes y á los ciudadanos que se hallaban perdidos si intentaban resistir. Iba, pues el tribuno recibir el título y las funciones de Cromwell, ese sueño de sus ambiciones de tantos años, cuando un hombre se adelantó de pronto de en medio de los notables, y aproximándose al futuro protector le paralizó con una ojeada, como Daniel á Baltasar....

Devoile habia reconocido al que nuestros lectores habrán reconocido tambien, á Felipe de Amalbi.

—Monseñor y señores, dijo con una calma, una firmeza y una resolucion que reanimaron la asamblea del abatimiento en que los habia puesto Dura-Testa y sus cómplices: antes de pasar á elegir el gefe que se os ha propuesto tened la bondad de oir una sencilla historia.

Y contó, sin nombrarle, todas las aventuras y todas las metamorfosis de Devoile. Llegado al desenlace, continuó asi:

—Algunas semanas despues de la entrada del rey en París, un hombre pálido y derrotado, que parecia salir del sepulcro, pero brillante con las insignias militares y la cabeza erguida con un orgullo salvaje, fué sacado del fuerte de Charenton por un escuadron de caballeria y conducido en una carreta con grillos en los pies y esposas en las manos por en medio de las calles y los boulevares hasta el

centro de la Plaza Real. El pueblo en tropel ocupaba aquella plaza, y la corte y la ciudad se hallaban en las ventanas de las casas. En medio de un círculo de soldados se levantaba un cadalso, un yunque y una hoguera, guardados por el verdugo y sus ayudantes. Los caballeros les entregaron el hombre á quien hicieron subir sobre el cadalso. El

yunque: quitáronle del mismo modo sus vestidos y los quemaron con lo demas. Vertiéronle agua caliente por la cabeza para borrar en él el carácter de caballero: envolviéronle con la mortaja blanca de los muertos y la camisa negra de los parricidas: pusieronle de rodillas con una vela en la mano y le rezaron las oraciones de los moribundos. Por



El cardenal Mazarino.

teniente de policía le leyó una sentencia que le había condenado en 1638 á la horca, como reo de Estado; despues otra en que se le condenaba á la degradacion y á ser marcado con un hierro ardiendo. Entonces el verdugo puso fuego á la hoguera: sus ayudantes despojaron al hombre de sus insignias una á una y las echaron en las llamas. Quitáronle el tahalí por los pies y rompieron la espada en el

último, sacaron de la hoguera un hierro ardiendo con el signo del oprobio y lo aplicaron sobre las espaldas del ajusticiado. Mudo y altivo hasta aquel momento dió un grito atroz y cayó rodando sin levantarse. Los ayudantes lo levantaron y le entregaron á los caballeros que lo pusieron otra vez en la carreta y lo volvieron á llevar á Charenton. Allí, al volver en sí, encontró enfrente de él á otro

hombre que le enseñó un papel en que se hallaban escritas estas líneas:

Autorización concedida al baron de Altomar de imponer al conde de Amalbi la degradación de ser marcado con un hierro ardiendo.

Firmado.—GASTON DE ORLEANS.

sadme el haber cedido el cuidado de ello al verdugo; y ahora quedad en libertad é infame.

Y soltándole libre en el campo, como á una bestia feroz, le volvió la espalda.

—Monseñor, y señores, concluyó el orador, yo soy el conde Felipe de Amalbi; y Guillermo Devoile, el baron de Altomar, el Olmedista, Dura-Testa, es el hombre que yo



Mazarino presentando á Colbert.—Todo se lo debo á V. M., pero todo se lo pago al darle mi sucesor.

Era una firma en blanco llenada por el miserable y contrádosela el día de su derrota contra el rival á quien quería infamar.

—Vuestro programa estaba bien concebido, le dijo éste último, para no haberse ejecutado hasta lo último. Dispen-

SEGUNDA SERIE.—1856.

he hecho marcar con una flor de lis, sobre la espalda! ¡Yo le desafío á que me desmienta! Ved aquí lo que yo tenía que haceros saber. Ahora, elegid si quereis por vuestro rey á este miserable.

De todas las peripecias del drama de la Fronda, esta

AÑO XIV. 32.

fué la mas fulminante, la mas completa, la mas decisiva. La asamblea entera se levantó como un solo hombre, con un grito de espanto y de horror.

En vano Dura-Testa y sus cómplices, arrancados de un estupor por aquel *tolle* general, se esforzaron en gritar que aquello era una calumnia, llamando á las armas á los soldados de *La Olmeda*. Estos quedaron mudos con la horrosa noticia que circuló con la celeridad del relámpago. Miráronse con ese resto de vergüenza y de pudor, que sobrevive aun en los corazones mas degradados.

Además, Du-Val y la milicia ciudadana, llegando á la señal de Felipe, invadieron el salon del ayuntamiento, é intimaban con toda la reunion á Dura-Testa que confundiese á Amalbi con la vista enseñando su espalda. Pero rodeando aquel ya por cien hombres dispuestos á arrebatárle sus vestidos, no tuvo fuerza ni tiempo mas que para batirse en retirada en medio de los mas degradantes clamores.

XI.

LA CAIDA DE LA OLMEDA.

Algunos días bastaron para acabar la obra de Felipe. «La discordia, despues el desaliento, dice el historiador de Francia, se introdujeron en las mismas filas de *La Olmeda*, y la reacción se manifestó, no por completo, sino por conmociones antirevolucionarias. Los sacerdotes y las mugeres mismas se levantaron contra las *bandas del galante*. La juventud bordelesa, dirigida por Amalbi, secundado por Du-Val, derrotó aquellas bandas en diversos encuentros, y colocó una asamblea en la Bolsa, centro del alto comercio. Allí se intimó á los príncipes prohibiesen las reuniones de *La Olmeda*, y trabajasen en la pacificación. Despues, sin aguardar respuesta, Du-Val y sus amigos recorrieron las calles gritando: ¡*Viva el rey y la paz!* y derribaron la bandera roja que tremolaba en todos los campanarios de la ciudad.»

Bien pronto este triunfo llegó á noticia de los ejércitos de Luis XIV como á los ejércitos enemigos. El duque de Candalle se apoderó de una parte de la Guyena derrotando á Marsin, teniente de Condé. El conde de Doignon devolvió al rey á Oleron y Brouage. Vendome y Duquesne entraron triunfantes en la Gironda. Burdeos al fin se halló cercado por todas partes.

En una palabra, Conti, Mad. Longueville, Marsin, Ilmet, trataron con los generales de S. M. Los ciudadanos de Burdeos hicieron otro tanto el 30 de julio de 1653; y los duques de Vendome y de Candalle el 2 de agosto volvieron á tomar posesion en nombre del rey de su buena ciudad de Burdeos.

Aquel mismo día Felipe de Amalbi y Enrique Du-Val, entregaron á la justicia á Guillermo Dura-Testa, á quien habian batido y hecho prisionero la vispera como una bestia feroz en su última guarida.

Poco despues, el gefe de *La Olmeda*, condenado á muerte por tercera vez, fué espuesto ante todo el pueblo con la espalda desnuda con la flor de lis que en ella estaba marcada. Despues lo enrodaron vivo y colgaron su cabeza en uno de los olmos que habian abrigado su poder.

Teresa Broussel, arrancada del lugar del suplicio, don-

de habia seguido, segun su palabra, á su *héroe de corazon, hasta las estremidades del martirio*, fué enviada con su criada Perota por la solicitud de Felipe, su cuñado, á su padre Broussel, consejero en el parlamento.

La Olmeda y la república de la *bandera encarnada* triunfaron diez y ocho meses en Burdeos.

XII.

BENEFICIO LÍQUIDO.

Despues de todas estas luchas y todas estas victorias, un jóven salió de la ciudad y corrió á una quinta de las márgenes del Gironda.

Era Luis Du-Val que iba á reunirse con Angélica, á quien habia dejado gravemente enferma, y que llevaba á Desmarais el doble premio de su valor: primero, una carta de amnistía real para el terrible presidente: segundo, el nombramiento de consejero en el parlamento para su futuro yerno.

Entró Luis en la quinta palpitándole el corazon de inquietud y de esperanza... se estremeció al ver el dolor de los aldeanos, y al divisar á Desmarais, sentado en un rincon, sin vista y sin voz, como un hombre que no está en sí...

—¡Angélica! ¡Mi novia! exclamó Du-Val lanzándose á la puerta de su cuarto.

—¿Qué os trae aquí, amigo mío? preguntó el negociante con un aire estraviado.

El jóven le entregó la carta y el nombramiento, que el anciano recorrió con apagados ojos.

—Pero... Angélica, Angélica! repetía Luis desolado: ¿dónde esta?

Desmarais levantó las manos al cielo y se dejó caer en los brazos de su yerno.

—El rey me perdona, dijo, pero Dios me ha castigado arrebatándome á mi hija!

—¡Muerta! ¿ha muerto? exclamó Du-Val. ¡Oh, es imposible.

Tuvo que creerlo un instante despues, arrodillándose á los pies de la cama donde reposaba Angélica pálida y helada.

No habia podido sobrevivir á los sacudimientos que la habia ocasionado el papel y los peligros de su padre....

A la mañana siguiente, toda la ciudad de Burdeos asistía al entierro de la señorita Desmarais.

Durante este tiempo, el negociante llegado á su casa, encontraba en el salon el contrato de matrimonio interrumpido y la corona de rosas blancas que se habia caído de la frente de su hija el día en que habia abandonado la felicidad por el poder.

Este es el producto líquido que le quedaba de sus cálculos de ambición. Llévose aquella corona á su cuarto, en donde acabó sus días en medio de lágrimas.

Tal espacion no bastó todavía para poder borrar el nombre de *azote bordeles*; y los hombres fueron mas severos con él que el mismo Dios.

A pesar de todas las aclaraciones dadas durante dos siglos, el nombre de Desmarais ha quedado siempre rodeado de una leyenda de terror.

Et nunc intelligite et erudimini.